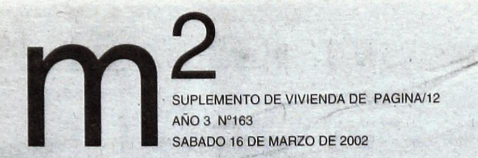
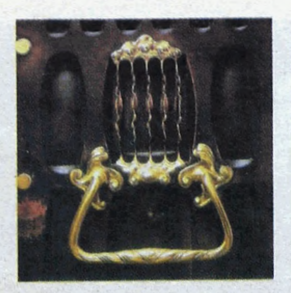
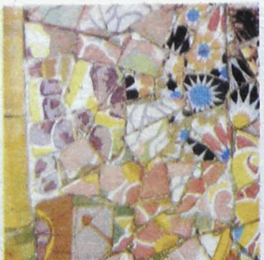


SUPLEMENTO DE VIVIENDA DE PAGINA/12
AÑO 3 Nº163
SABADO 16 DE MARZO DE 2002

modernistas

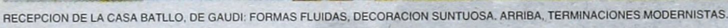
la generación que creó a Barcelona











RECEPCION DE LA CASA BATLLO, DE GAUDI: FORMAS FLUIDAS, DECORACION SUNTUOSA. ARRIBA, TERMINACIONES MODERNISTAS.



LA COLUMNATA DEL PALAU DE LA MUSICA CATALANA, DE DOMENECH I MONTANER: POLICROMIA CO



LA CASA DE DEPARTAMENTOS VILLANUEVA, DE LUJI-FOSSAS, TERMINADA EN 1909.

Modern

El 150 aniversario de Antonio Gaudí invita a revis movimiento que protagonizó y que acabó con un irónica. Obras e ideas de una generación fanática y la artesanía que acabó creando departamentos alumbrados públicos para una ciudad que se ind

POR SERGIO KIERNAN
Desde Barcelona

Este es el año Gaudí, año de festejos en esta ciudad que parece construida alrededor de los pocos y poderosos edificios que dejó el arquitecto nacido hace 150 años. Es, a la vez, una fiesta de la cultura catalana centrada en sus iconos materiales, una revisión de la obra de Antoni Gaudí, una restauración generalizada de ese patrimonio. Y es una oportunidad especial para repasar el notable conjunto de conceptos que dejó el movimiento contradictoriamente llamado Modernista, que a fines del siglo XIX y principios del XX creó una formidable camada de arquitectos cuyos nombres quedaron a la sombra del autor de la Sagrada Familia.

Como pocas, Barcelona es una ciudad transida por un estilo y una fase arquitectónica. Mientras la ciudad vieja mantiene sus callejas y sus plazas secas romanas y medievales, y el barrio de Gracia conserva el aire de la aldea autónoma que fue hasta no tan poco, Barcelona es definida por L'Eixample, el Ensanche decimonónico donde se experimentó con la creación de un urbanismo nuevo, una arquitectura propia.

El origen del fenómeno se encuentra en la Escuela Provincial de Arquitectura, creada en 1875 y copada desde el primer momento por un grupo de disidentes. Rivales de la escuela madrileña, enemigos cuestionadores del canon de las Bellas Artes, los catalanes crearon una filosofía de rescate del oficio de construir con mucho de maestro alarife medieval, un buceo en las técnicas y las tradiciones góticas, árabes, bizantinas, mudéjares, neoclásicas.

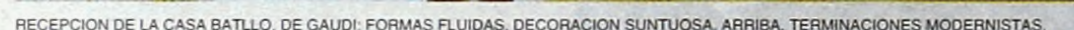
Un subproducto peculiar de esta ideología fue que alumbró verdaderos equipos, pequeñas sectas de arquitectos, herreros, vidrieros, albañiles, dibujantes y artistas centrados en figuras como Lluís Domenech i Montaner, profesor en la Escuela, y en graduados tempranos como Gaudí, Josep Martorell, Camil Oliveras, Josep Domenech i Estapa o Antoni Gallissa, todos titulados entre 1875 y 1885. Estas fraternidades trabajarían juntas en uno y otro proyecto, "prestándose" personal, interpolinizándose de ideas, construyéndose mutuamente residencias particulares, compartiendo y compitiendo.

Como se entenderá, la existencia de estos equipos estables le da a la obra de estos arquitectos una notable consistencia estilística: los edificios son fácilmente reconocibles. Otra consecuencia del estilo de trabajo es que las obras se producían integralmente: herrerías, lámparas, pavimentos, cerramientos, vidrierías, artefactos sanitarios y de cocina, mobiliario y hasta las macetas de los balcones se diseñaban y construían especialmente. Estos edificios "sin proveedores" resultan especialmente impactantes por perfecta coherencia de cada detalle.

Llamar "modernistas" a estos arquitectos es casi irónico. El Vaticano está activamente buscando la canonización o al menos la beatificación del muy devoto Gaudí, que se gastó la vida y el traje en erigir una catedral, la Sagrada Familia, con las técnicas de los maestros constructores del Medioevo. Gaudí, como sus seguidores y sus maestros, no tenía mucho uso para la modernidad y rechazaba francamente modulares y racionalismos. La suntuosa decoración que cubre cada centímetro de la obra de los modernistas, el tratamiento artesanal, arcaísta, de la ornamentación, la mez-






RECEPCION DE LA CASA BATLLO, DE GAUDI: FORMAS FLUIDAS, DECORACION SUNTUOSA. ARRIBA, TERMINACIONES MODERNISTAS.


LA COLUMNATA DEL PALAU DE LA MUSICA CATALANA, DE DOMENECH I MONTANER: POLICROMIA CON INFLUENCIA MOZARABE.







LA ESTUPENDA RECEPCION DE LA CASA COMALAT, DE SALVADOR VALERI PUPURULL, 1911. A LA DERECHA, INTERIORES Y HERRERIAS.

Modernistas

El 150 aniversario de Antonio Gaudí invita a revisar la obra del movimiento que protagonizó y que acabó con una etiqueta casi irónica. Obras e ideas de una generación fanática de las catedrales y la artesanía que acabó creando departamentos, fábricas y alumbrados públicos para una ciudad que se industrializaba.

POR SERGIO KIERNAN
Desde Barcelona

Este es el año Gaudí, año de festejos en esta ciudad que parece construida alrededor de los pocos y poderosos edificios que dejó el arquitecto nacido hace 150 años. Es, a la vez, una fiesta de la cultura catalana centrada en sus iconos materiales, una revisión de la obra de Antoni Gaudí, una restauración generalizada de ese patrimonio. Y es una oportunidad especial para repasar el notable conjunto de conceptos que dejó el movimiento contradictoriamente llamado Modernista, que a fines del siglo XIX y principios del XX creó una formidable camada de arquitectos cuyos nombres quedaron a la sombra del autor de la Sagrada Familia.

Como pocas, Barcelona es una ciudad transida por un estilo y una fase arquitectónica. Mientras la ciudad vieja mantiene sus callejas y sus plazas secas romanas y medievales, y el barrio de Gracia conserva el aire de la aldea autónoma que fue hasta no tan poco, Barcelona es definida por L'Eixample, el Ensanche decimonónico donde se experimentó con la creación de un urbanismo nuevo, una arquitectura propia.

El origen del fenómeno se encuentra en la Escuela Provincial de Arquitectura, creada en 1875 y copada desde el primer momento por un grupo de disidentes. Rivales de la escuela madrileña, enemigos cuestionadores del canon de las Bellas Artes, los catalanes crearon una filosofía de rescate del oficio de construir con mucho de maestro alarife medieval, un buceo en las técnicas y las tradiciones góticas, árabes, bizantinas, mudéjares, neoclásicas.

Un subproducto peculiar de esta ideología fue que alumbró verdaderos equipos, pequeñas sectas de arquitectos, herreros, vidrieros, albañiles, dibujantes y artistas centrados en figuras como Lluís Domenech i Montaner, profesor en la Escuela, y en graduados tempranos como Gaudí, Josep Martorell, Camil Oliveras, Josep Domenech i Estapa o Antoni Gallissa, todos titulados entre 1875 y 1885. Estas fraternidades trabajarían juntas en uno y otro proyecto, "prestándose" personal, interpolinizándose de ideas, construyéndose mutuamente residencias particulares, compartiendo y compitiendo.

Como se entenderá, la existencia de estos equipos estables le da a la obra de estos arquitectos una notable consistencia estilística: los edificios son fácilmente reconocibles. Otra consecuencia del estilo de trabajo es que las obras se producían integralmente: herrerías, lámparas, pavimentos, cerramientos, vidrierías, artefactos sanitarios y de cocina, mobiliario y hasta las macetas de los balcones se diseñaban y construían especialmente. Estos edificios "sin proveedores" resultan especialmente impactantes por perfecta coherencia de cada detalle.

Llamar "modernistas" a estos arquitectos es casi irónico. El Vaticano está activamente buscando la canonización o al menos la beatificación del muy devoto Gaudí, que se gastó la vida y el traje en erigir una catedral, la Sagrada Familia, con las técnicas de los maestros constructores del Medioevo. Gaudí, como sus seguidores y sus maestros, no tenía mucho uso para la modernidad y rechazaba francamente modulares y racionalismos. La suntuosa decoración que cubre cada centímetro de la obra de los modernistas, el tratamiento artesanal, arcaísta, de la ornamentación, la mezcla de estilos y el constante medievalismo de los planteos, son verdaderos manifiestos contra las máquinas de habitar y el utilitarismo.

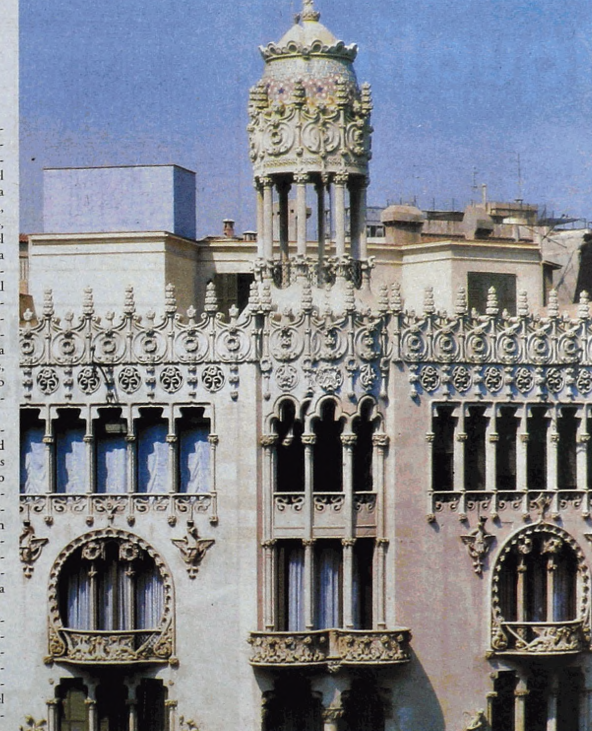
No faltaban contradicciones y afinidades exteriores en este grupo variopinto. Varias de sus mejores obras son edificios de departamentos, forma moderna por excelencia, y los modernistas mostraron una verdadera afición por el alumbrado público, abrazando la todavía novedosa luz eléctrica con entusiasmo. Las farolas con flores y dragones de hierro, asentadas en bancas de mosaico, que todavía ornan el Passeig de Gracia, o los espléndidos postes con base de piedra del Arco del Triunfo, son muestras del dominio estético y técnico al que llegaron en esa tecnología. Ni hablar de las poéticas farolas de bronce usadas en los espacios comunes internos de sus edificios.

Entre 1870 y 1900, Barcelona duplicó su población, pasó del medio millón y se transformó en la "fábrica de España", responsable por el 60 por ciento de la producción industrial del país. La flamante burguesía catalana impulsó un estilo propio e inconfundible en lo arquitectónico que reflejara esta nueva gloria local. Los edificios públicos –el palacio de la música catalana, la aduana nueva, el palacio de justicia, el delicioso hospital de San Pau–, los monumentos, las avenidas del Ensanche, todo mantiene la marca de este período, todo es modernista. Apellidos como el del industrial Güell quedaron asociados a las residencias privadas que Gaudí construyó para su familia, a algunos edificios de renta que financió y hasta a fallidos proyectos especulativos, como el Parque Güell, country club que acabó en plaza pública y patrimonio de la Humanidad.

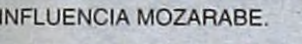
La mejor manera de conocer este conjunto es recorrer la ciudad guía en mano, notando los apegos al Art Noveau, al medievalismo –como el edificio de las cavas Codorniú, verdadero claustro de piedra y ladrillo– a la marca árabe en España. Por el año Gaudí, el Ensanche será recorrido constantemente por buses con guías, parando en sus obras paradigmáticas -la Pedrera, la casa Battlló–.

Y si no hay modo de irse por Barcelona, paciencia: los ecos del estilo llegaron aquí. El Casal de Cataluña es un edificio puramente modernista, mientras que el Club Español de Bernardo de Irigoyen y el patéticamente semidemolido hospital de la avenida Belgrano muestran a las claras su influencia.


LA CASA DE DEPARTAMENTOS VILLANUEVA, DE LUJI FOSSAS, TERMINADA EN 1909.

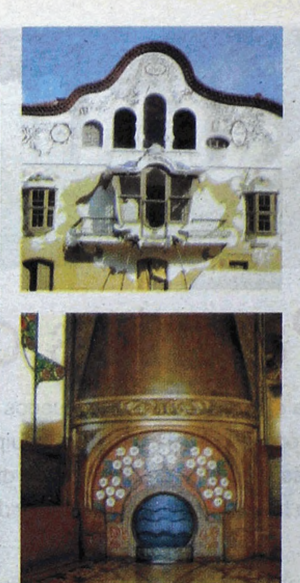

EL IMPACTANTE EDIFICIO MORERA, DE DOMENECH I MONTANER, 1905. PUNTO DE REFERENCIA EN EL ENSANCHE BARCELONES.





N INFLUENCIA MOZARABE.







LA ESTUPENDA RECEPCION DE LA CASA COMALAT, DE SALVADOR VALERI PUPURULL, 1911. A LA DERECHA, INTERIORES Y HERRERIAS.

istas

ar la obra del
a etiqueta casi
de las catedrales
, fábricas y
strializaba.

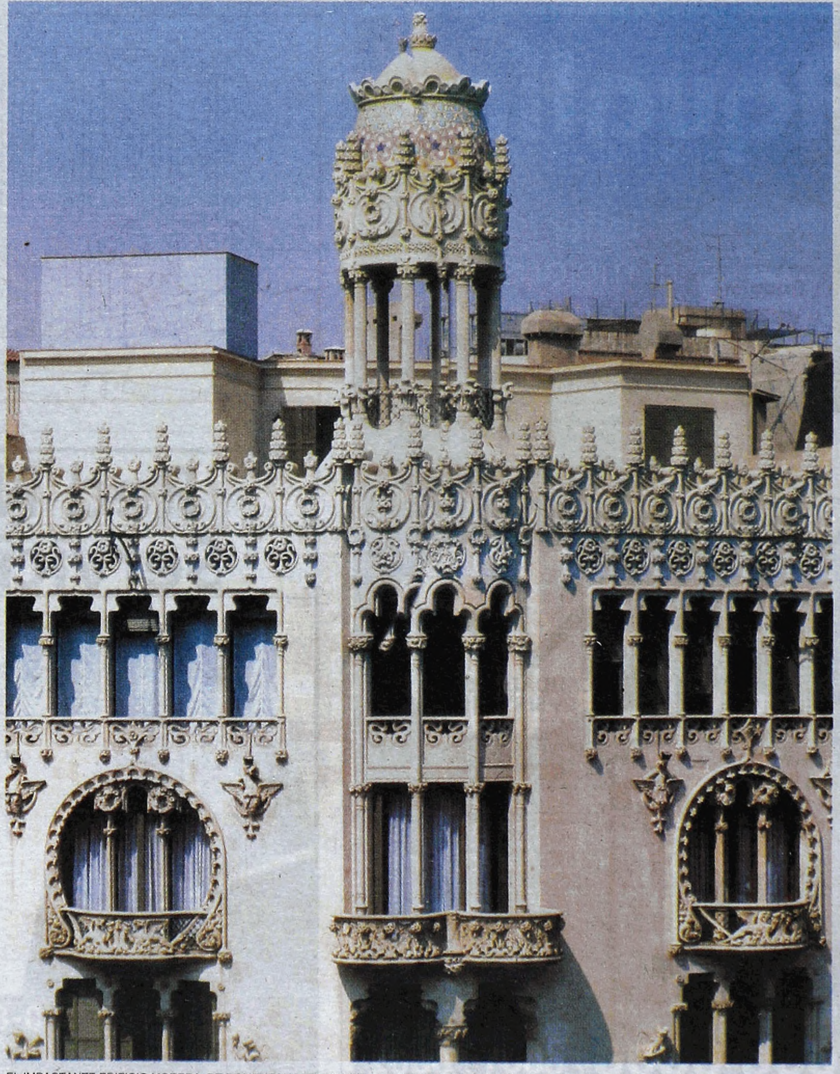
cla de estilos y el constante medievalismo de los planteos, son verdaderos manifiestos contra las máquinas de habitar y el utilitarismo.

No faltaban contradicciones y afinidades exteriores en este grupo variopinto. Varias de sus mejores obras son edificios de departamentos, forma moderna por excelencia, y los modernistas mostraron una verdadera afición por el alumbrado público, abrazando la todavía novedosa luz eléctrica con entusiasmo. Las farolas con flores y dragones de hierro, asentadas en bancas de mosaico, que todavía ornan el Passeig de Gracia, o los espléndidos postes con base de piedra del Arco del Triunfo, son muestras del dominio estético y técnico al que llegaron en esa tecnología. Ni hablar de las poéticas farolas de bronce usadas en los espacios comunes internos de sus edificios.

Entre 1870 y 1900, Barcelona duplicó su población, pasó del medio millón y se transformó en la "fábrica de España", responsable por el 60 por ciento de la producción industrial del país. La flamante burguesía catalana impulsó un estilo propio e inconfundible en lo arquitectónico que reflejara esta nueva gloria local. Los edificios públicos –el palacio de la música catalana, la aduana nueva, el palacio de justicia, el delicioso hospital de San Pau–, los monumentos, las avenidas del Ensanche, todo mantiene la marca de este período, todo es modernista. Apellidos como el del industrial Güell quedaron asociados a las residencias privadas que Gaudí construyó para su familia, a algunos edificios de renta que financió y hasta a fallidos proyectos especulativos, como el Parque Güell, country club que acabó en plaza pública y patrimonio de la Humanidad.

La mejor manera de conocer este conjunto es recorrer la ciudad guía en mano, notando los apegos al Art Noveau, al medievalismo –como el edificio de las cavas Codorniú, verdadero claustro de piedra y ladrillo– a la marca árabe en España. Por el año Gaudí, el Ensanche será recorrido constantemente por buses con guías, parando en sus obras paradigmáticas -la Pedrera, la casa Batlló–.

Y si no hay modo de irse por Barcelona, paciencia: los ecos del estilo llegaron aquí. El Casal de Cataluña es un edificio puramente modernista, mientras que el Club Español de Bernardo de Irigoyen y el patéticamente semidemolido hospital de la avenida Belgrano muestran a las claras su influencia.



EL IMPACTANTE EDIFICIO MORERA, DE DOMENECH I MONTANER, 1905. PUNTO DE REFERENCIA EN EL ENSANCHE BARCELONES.





Para los chicos

Una exhibición de nuevos juegos y juguetes recorre Europa, recordando que los equipamientos de plazas y escuelas son, en términos de diseño, anticuados. Y que hay alternativas artísticas y divertidas.

Cómo hacer arte para chicos? Una de las respuestas posibles es "bajo la forma de juegos". Es la que ensayó un grupo de escultores y artistas plásticos europeos en una exhibición reciente en Las Tullerías de París.

Platos voladores de vibrantes colores, un tobogán acrílico y transparente, una pared azul con platos giratorios, laberintos de grandes fibras, una extraña flor con pistilos colosales, fueron algunas de las piezas exhibidas. Todas las obras son de plástico.

La idea fue de la arquitecta y diseñadora de interiores Martine Bedin, que invitó a participar, entre otros, a Ettore Sottsass, Andrée Putman, Ron Arad, Piotr Sierakowski, Mathilde Brétillot, Frédérique Valette, Daniel Wnuk y Michele de Lucchi. El concepto básico de Bedin fue que los juegos infantiles apenas han cambiado en décadas, y que ya era hora de experimentar con nueva tecnologías y diseños actuales.

Los juegos resultantes estimulan sensorialmente, con zonas blandas y duras, con aristas y redondeces, con espacios para "imprimir" el cuerpo en "montañas". Hay un extraño minigolf, hay lugares algodonosos para revolcarse, hay cosas para trepar y saltar. La muestra está rodeada por una especie de muralla de sillas para leer creadas por Martine Bedin en resina, que ilustran cuentos infantiles y, en muchos casos, directamente contienen el texto completo en su superficie: un asiento de lectura que, literalmente, puede leerse.

La muestra, pensada para chicos menores de seis años, pasará a recorrer varias ciudades europeas, siempre al aire libre. La idea es probar dos cosas: que los equipamientos de jardines de infantes y plazas son "prehistóricos" y que estos nuevos diseños se bancan perfectamente la intemperie y a sus pequeños y destructivos usuarios.